

particular que se acercase á la verdad, y que por nuestra parte dejase de ser una pura aunque piadosa imaginacion? S. Pablo dice que en su trasporte al tercer cielo oyó las palabras misteriosas de que no es dado á un hombre hablar. Por sublime que fuese la elevacion del apóstol, nada fué por cierto comparada con la que el Espíritu Santo obró en María en su union inefable con ella. Aprendamos en esto primeramente á callar sobre las gracias extraordinarias que Dios pudiera hacernos, á no comunicarnos sino con una santa reserva, aunque sea al director de nuestra alma, hasta el punto que sea necesario para asegurarnos de que no es ilusion; en segundo lugar, á no ejercitar la curiosidad de nuestro pensamiento sobre lo que pasó en nosotros durante las operaciones sensibles de la gracia, y á imponernos el deber de no reflexionar sobre ello, á lo cual harto nos inclina el amor propio con evidente peligro de caer en la vanidad. En cuanto á esta especie de favores el alma debe ser como un canal que las recibe, que las deja pasar, sin esfuerzo alguno en detener la mas mínima parte ni por el entendimiento, ni por la voluntad. En tercer lugar, á no ser mas curiosos con respecto á lo que experimentaron los santos en sus comunicaciones con Dios; á no detenernos demasiado en lo que en sus vidas leemos sobre el particular; y sobre todo á no leer ciertos libros en los que algunos ingenios piadosos, pero temerarios, se empeñan en explicar lo que sobrepuja claramente á la comprension humana. Observad la sobriedad admirable de la Escritura: siempre que habla de cosas semejantes dice lo que se ha de decir, sin dar el menor pábulo á una vana curiosidad. Dejemos á Dios sus secretos; él nos los reserva para la otra vida, porque sería tan inútil como peligroso el querer conocerlos en esta. Y sobre todo, no fueron estas gracias las que formaron los santos; y nosotros no debemos solicitar otra instruccion que la que los santificó. En esto mas que en otra cosa es necesario la *prudente sobriedad* tan encarecidamente recomendada por san Pablo. Muchos libros hay de una espiritualidad falsa, ó á lo menos sospechosa. Tales son

aquellos en los que el autor se interna mucho en los secretos de la oracion: desconfiemos de ellos. Créese que elevan su espíritu y que le ilustran. Nada de esto, le llenan sí de ideas abstractas, confusas, sin la menor solidez, y al mismo tiempo hinchán y secan el corazon. Las mujeres son muy curiosas para esta especie de libros, en los cuales se calienta y se sutaliza su imaginacion: en ellos se pierden, reteniendo en su memoria una mística jerigonza de que se valen sin entenderla. Y es lo peor, que se aplican á sí mismas lo que leen en semejantes libros, forjándose estados en que no se hallan, y creen ver claramente en su interior. No es creible lo que abusa el demonio de esta sed insaciable que tienen de ser entendidas en materias espirituales. No sea, N. . . ., este vuestro defecto, y sea María vuestro modelo en este punto, así como en todos los demas. Nadie sobre la tierra supo tanto como ella en las cosas de Dios. Su experiencia, sin libro alguno, la habia instruido, y los mas hábiles doctores, los más grandes santos, los apóstoles mismos nada sabian comparados con ella. Pero nadie fué mas reservado en hablar de ellas; y su reserva en esta parte es para nosotros una enseñanza mas profunda, mas instructiva que la enseñanza mas sublime que podia habernos dado.

CAPITULO X.

REFLEXION SOBRE LA MATERNIDAD DIVINA

HÉNOS aquí á María entrada ya en un estado nuevo, mas santo y mas perfecto que los precedentes. El ángel la ha saludado *llena de gracia*: ella posee ya dentro de sí al mismo Autor de la gracia, y esta posesion no es momentánea, pues lo llevará nueve meses en sus castas entrañas. Mientras que con su propia sustancia nutre y hace crecer el cuerpo de su Hijo, cuerpo ado-

rable que forma con el suyo una misma cosa, su Hijo la alimenta espiritualmente por medio de las influencias de su divinidad, y hace con el alma de su madre lo que esta con su cuerpo, comunicándole, si es lícito hablar así, su sustancia divina, así como ella le comunica su sustancia corporal. ¡Qué union! qué intimidad! No hay mayor, en el orden de la naturaleza, que la de una madre con el hijo que lleva en su seno. Todas las disposiciones, todas las impresiones de la madre pasan al hijo; y lo que obra sobre la una, obra por repercusión sobre el otro, porque los dos físicamente no forman mas que uno. Así mismo pues, en el orden de la gracia no hay union mas estrecha que la de María con Jesus. Las disposiciones, los sentimientos del Hijo pasan al alma de la Madre. No hay afecto, no hay impresion de que no la haga partícipe; y uno y otra no forman moralmente sino una misma cosa. María era antes recogida. Mas ¡qué nuevo género de recogimiento la domina ahora, de que ni aun idea tenia! Ella antes gozaba de continuo de la presencia de Dios. Mas ¡qué comparacion tiene con esta nueva presencia que la autoriza para decir: Dios está realmente en mí, me es mas íntimo que yo misma; y así como mi vida es la suya, su vida es tambien la mia! Antes estaba siempre en oracion. Mas ahora Jesucristo mismo es quien ruega en ella y con ella; y su oracion es la misma que la del Verbo encarnado. Ya no necesita, para hallar á Dios, que su espíritu y su corazon se trasporten fuera de sí misma. Ella lo tiene en sí; su estado natural, en cierto sentido, es de estar con Dios; y el mismo Hijo único que está eternamente en el seno del Padre reside temporalmente en el seno de María. Dicho esto, ya se ha dicho todo sobre el interior de María; solo falta confesar que es incomprendible.

Mas ¡qué enseña de nuevo á María el Verbo anonadado en ella? Le da luces mas vivas que nunca sobre la grandeza de Dios, y sobre la nada de la criatura. Le comunica sobre la humildad miras y sentimientos que antes no tenia, ni podia tener; le enseña que si la majestad divina no puede ser dignamente

honrada sino por las humillaciones de un Dios hecho hombre, todos nuestros homenajes de nada sirven, y no son capaces de merecer por sí solos su agrado. ¡Qué enseñanza, oh Dios mio! Y ¿quién nunca la comprendió mejor que la madre del Verbo encarnado, para dar á su Padre la gloria que le es debida? María desde aquel momento ya no pensó mas en glorificar á Dios por sí sola; tuvo el sentimiento íntimo de su impotencia, y no lo glorificó sino por medio de su Hijo. Nada puedo, le dice, nada soy, nada tengo que ofreceros; solo tengo al Hijo que vos me habeis dado: yo os adoro por él, yo os doy gracias de todo por él. No fijéis en mí los ojos; ¿qué veriais? ¿Con qué título mereciera yo ser admitida á vuestra presencia? Mas mirad á vuestro Hijo: es el vuestro, es el mio. Vedlo reducido á un estado de anonadamiento para reconocer vuestra soberanía. No cree abatirse demasiado, y mas se abatiera aun, si le fuese posible. ¡Ah! ¿qué puedo hacer yo sino unir la nada de mi naturaleza á su voluntario aniquilamiento, y suplicaros que os sea grato el homenaje de la Madre en el del Hijo?

Sí: María desapareció totalmente á sus propios ojos desde el momento en que fué Madre de Dios. El Ser infinito que encerraba en su seno absorbió su ser finito; ni tanto queda perdida una gota de agua en el Océano, como lo quedó ella en el abismo de la Divinidad. Así se verifica como lo he dicho ya, que toda elevacion que viene de Dios concentra la criatura en la mas profunda humildad.

¡Oh humildad incomparable! ya no te conozco, y sin el auxilio de una luz superior yo no te conoceré jamas. Si cosa hay que pueda hacerme concebir de ella alguna idea, son los sentimientos que debió tener y que tuvo de sí misma la Madre de Dios. ¡Cuán humilde debió ser ella para merecer semejante favor! Mas ¡cuánto debió serlo despues que lo hubo recibido! ¿Qué venimos á ser nosotros? ¡Cuán injustos y despreciables, cuando queremos ser alguna cosa! ¡Cuán culpables cuando nos envanecemos de los dones de Dios, cuando nos los apropiamos, cuando

tomamos de ellos motivos para anteponernos á los demas! Es desquiciar el órden, es ir contra los designios de Dios, es ultrajarle por el lado mas sensible, es igualar en orgullo á los demonios el hacer servir á la vanagloria lo que solo se me ha dado para humillarme mas. ¡Oh Verbo encarnado! Yo os suplice por la intercesion de vuestra Madre santisima que os sirvais de todo el poder de vuestra gracia para aplastar, para aniquilar en mí el orgullo y el amor propio. Cortad el vivo en la raíz, no me tengais piedad en esta parte. Nada seré á vuestros ojos en tanto que á los míos sea alguna cosa. Si preveis que vuestros dones deben ensoberbecerme, privadme de ellos, retiradlos. Consiento en ser miserable, despojado de todo bien espiritual, con tal que sea humilde.

CAPITULO XI.

VISITA DE MARÍA Á ELISABET.

HABIENDO sabido María por el ángel que su prima Elisabet estaba en cinta de seis meses, inspiróle su caridad el ir á visitarla desde luego para felicitarla y el cumplir con ella los deberes de una parienta por medio de los servicios que en su estado necesitaba. Jesus que sugirió á su Madre esta idea, tenia un designio mas elevado, cual era el de santificar á Juan su precursor, y prepararle muy de antemano para cumplir las funciones de tal. No dió á conocer á María su designio, la cual ignoraba los pormenores de lo que habia pasado con respecto á Elisabet, é ignoraba el destino de Juan; mas para que se cumpliese sirvióse de la oportunidad de esta visita. *En aquellos dias pues, dice el Evangelio, pocos dias despues de la embajada del ángel Gabriel, partió María y se fué apresuradamente á las montañas de una ciudad de la tribu de Judá donde moraba Elisabet. Esta ciudad distaba mucho de Nasaret y estaba en el extremo opues-*

to de la Judea, por lo cual el viaje fué bastante largo y penoso para una jóven de quince á diez y seis años.

Muchas observaciones se presentan acerca de este viaje. María, aunque mucho mas jóven que Elisabet, era por su calidad de Madre de Dios, incomparablemente superior á ella; y si hubiese sido capaz de mirarse con ojos humanos, se hubiera creído sin duda muy dispensada de visitar á su prima y obligada lo mas á enviar alguno para congratularla é informarse de su novedad. Mas la humildad no discurre así. María no solo deja de pensar que se abaje ganando á Elisabet por la mano, sino que muy al contrario, se halla íntimamente convencida de que le debe aquel acto de atencion que le tributa, y se da prisa á partir.

No sabiendo sino por el ángel el estado de Elisabet, sin habérselo esta participado, podia creer tambien fundadamente que no se ofenderia de que no la visitase; y para otra cualquiera que no hubiese sido María, esta era una razón muy justa para eximirse de un largo viaje. Pero no discurre así una alma humilde y caritativa. María no toma pretexto de no saber el embarazo de Elisabet sino por una vía extraordinaria, ni se ofende que su prima nada le haya insinuado. No dice para sí: Elisabet debia haberme informado de su estado si queria que la visitase; sino que marcha sin deliberar para partir con su prima la alegría de ser madre á pesar de su esterilidad y de su edad avanzada; resuelta empero firmemente á guardar un profundo silencio acerca del prodigio que en sí misma se acababa de obrar.

La prisa que se dió María nos enseña tambien que para llenar ciertos deberes que el parentesco y la cortesía exigen, es preciso saber sacrificar á la necesidad del momento el retiro, el silencio, la oracion, los demas ejercicios de piedad, y no hacerse dificultoso de aplicarse á ciertos actos exteriores. Si la piedad de María hubiese sido mal entendida, ¡cuántas razones aparentes tenia para omitir esta visita y quedarse encerrada con Dios en la soledad de Nazaret! La gracia no permite descuidar lo que al prójimo se debe, aunque no sea sino por simple bien parecer; y re-

nunciar á esta especie de deberes so pretexto de devocion, es abusar de la devocion misma y tomarla en mal sentido. Portémonos pues, como María en estas ocasiones indispensables, y en nada perjudicaremos nuestra santidad. Guardémonos únicamente de no conceder algo á la disipacion y al deseo de manifestarnos en lo exterior. María se olvida á sí para pensar en su prima, mas no olvida á Dios; y en medio de las distracciones interiores, inevitables en semejante viaje, no pierde un solo momento su santa presencia.

En esta especie de deberes que se cumplen con el prójimo y generalmente en todas nuestras relaciones con él, cuando son puros nuestros motivos y rectas nuestras intenciones, Dios se propone muchas veces miras mas elevadas que las nuestras, y que nos deja ignorar hasta el momento en que las cumple. El grande objeto de Dios en la visita de María era la santificacion del precursor de Jesus. María lo ignoraba absolutamente y sin embargo cooperaba á ello sin saberlo. La oportunidad de esta visita era el medio que Dios habia escogido; y si esta no hubiese tenido efecto por haber faltado María de su parte, ella hubiera sido responsable á Dios de haber hecho faltar su designio. Esto en la práctica es de la mayor consecuencia. Cosas que os parecerán indiferentes tienen á menudo conexion con otras que son de la alta importancia para la salud y la perfeccion del prójimo. Nada sabreis de ello, es verdad, pero podeis y debeis presumirlo y esto debe ser para vos un motivo de no faltar jamas á un deber de urbanidad. Hareis ó recibireis una visita que os parecerá de pura ceremonia. Tal vez Dios quiere servirse de ella para el bien espiritual de la persona que os viene á visitar. Una palabra que se os habrá escapado como por acaso promoverá la conversacion, abrirá el alma de aquel ó de aquella que os habla, y producirá frutos de gracia. ¡Cuántas conversaciones habrán empezado por semejantes conferencias, en las cuales no se habia propuesto desde un principio ningun objeto formal! ¡Cuántas almas entraron por esta puerta en las sendas de la perfec-

cion! San Francisco de Sales hizo mas bien con sus conversaciones que con sus sermones y sus controversias. Prestémonos, pues, á todos estos actos de cortesía que exige el comercio con el prójimo: sean siempre puras nuestras miras, abandonémonos á la gracia, á fin de que conduzca nuestros pensamientos y nuestros discursos, y Dios sabrá sacar de ellos su gloria.

CAPITULO XII.

ENTREVISTA DE MARÍA Y DE ELISABET.

MARÍA, dice san Lúcas, *habiendo entrado en la casa de Zacarías, saludó á Elisabet. Lo mismo fué oír Elisabet la salutacion de María, que la criatura dió sallos de placer en su vientre: y Elisabet se sintió llena del Espiritu Santo, y exclamando en voz alta, dijo: Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.* (Luc., 1, 42.)

¡Cuántas maravillas se obraron á la primera entrevista de las dos primas y á la simple salutacion de María! Jesus es el que las obra: oculto está, pero es el autor de todo. María es tan solo su instrumento. Llegan á los oídos de Elisabet las palabras de María, y la voz secreta de Jesus se hace percibir en el corazon de Juan. La presencia de María causa á su prima una impresion de júbilo. La presencia de Jesus obra en el alma de Juan, la purifica de la mancha original, la enriquece de gracia, la llena de una alegría espiritual que le hace saltar de gozo, reconociendo y adorando ya á aquel de quien ha de ser profeta y precursor. En el mismo instante Elisabet queda llena del Espiritu Santo. La repentina agitacion de su hijo tiene una causa sobrenatural que le es revelada al momento. Penetra con los ojos de la fe en el seno de María y descubre allí al Infante divino, autor de lo que en ella pasa. En su trasporte exclama que María es bendita en-

tre todas las mujeres por el doble privilegio de su virginidad y de su maternidad divina, y que el fruto de sus entrañas es bendito por su union con el Verbo. Así, pues, Elisabet tiene un conocimiento distinto del misterio de la Encarnacion, y este conocimiento pasa de Juan, á quien Jesus inmediatamente lo comunica, á Elisabet su madre. ¡Qué maravillas, repito, obradas por la ocasion de una simple visita!

¡Cuál debió ser, pues, la sorpresa de María cuando vió á su prima instruida por el mismo Espíritu Santo de lo que este habia obrado en ella! Su humildad le habia impuesto la ley de guardar secreto sobre este beneficio. Mas Dios es el árbitro de revelarlo á quien le place, y ella adora la profundidad de sus designios sin conocerlos. Ignoraba las relaciones é íntimas comunicacione de Jesus y de Juan, y que Elisabet era deudora á su propio hijo de la revelacion que entonces tuvo.

¡De dónde á mi tanto bien, prosigue Elisabet, que venga la Madre de mi Señor á visitarme? Hé aquí unas palabras las mas claras y terminantes en favor de la maternidad divina. La admiracion y el sentimiento de su indignidad con que las pronunció, manifestaban con evidencia que Dios se las ponía en la boca, y de este modo recibió María por el órgano de su prima una seguridad indudable de la verdad del prodigio obrado en ella. No solicitaba ella tal seguridad ni la necesitaba, y Dios con todo se la da en el momento en que menos lo pensaba.

¡Qué fondo de instruccion se encierra aquí para las almas que constituye Dios en estados extraordinarios! No es raro el que despues de haber tenido en un tiempo la mas entera certeza de la realidad de su estado, lo ponen despues en duda, ya sea que se haya borrado la primera impresion, ya sea que el demonio forceje para turbarlas por medio de sus sugerencias, ó que sus propias reflexiones sobre los cambios sobrevenidos en su estado les inspiren alguna inquietud. Mas guárdense de atormentar á Dios, como hacen muchas veces, para que les dé seguridades de que no se alucinan; descansen en él como María, y dejen á su

cuidado el dárselas cuando lo juzgará oportuno. No les faltará á lo necesario, y sabrá hacer conocer muy bien á estas almas y á los demas, que aquel su estado interior es obra suya. Mientras esperan que se declare manténganse en la oscuridad de la fe, sometan al juicio de su director espiritual lo que les atañe, y no busquen importunamente seguridades para las cuales tiene Dios sus tiempos señalados, fuera de los que serian perjudiciales á los progresos de su espíritu. Es necesario que mueran enteramente á sí mismas, y es evidente que no morirían jamas á sí mismas si conservasen siempre una seguridad positiva de que su estado es de Dios. María nada de esto pidió jamas, y no podemos dudar que su fe haya sido tanto ó mas ejercitada que la de otro santo alguno. Las pruebas nos las suministrará el Evangelio.

Elisabet comprendió perfectamente el misterio del estremecimiento de su hijo, pues sobre esto se fundó el llamar á María *la Madre de su Señor*. Despues de haberle dado este título, añade como para explicarle el motivo: *Pues lo mismo fué penetrar la voz de tu salutacion en mis oidos, que dar saltos de júbilo la criatura en mi vientre*. Conoció, pues, que el principio de esta alegría celeste y enteramente milagrosa era la presencia del Hijo de Dios, el cual desde el seno de María obraba sobre Juan en el seno de Elisabet.

¡Oh bienaventurada tú que has creído! añade, *porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor*. ¡De qué cosa felicita á María? De su fe. Ella ha creído las dos maravillas extraordinarias que le han sido anunciadas por el ángel: la una, que seria la Madre del Hijo de Dios segun la carne; la otra que su fecundidad, obra del Espíritu Santo, no produciria el mas mínimo menoscabo á su virginidad. Para creer estos dos misterios impuso silencio á su razon, no pidió sobre ello aclaracion alguna, y aunque la manera con que debian cumplirse le fuese incomprendible, se sometió á la autoridad divina.

La fe es realmente en nosotros el principio de todo bien. No hablo tan solo de la fe comun á todos los cristianos; sino de

aquella fe especial de la que necesita toda alma que se encuentra bajo la direccion particular de la gracia. Muy grande se necesita para someterse sin discurrir á lo que Dios anuncia á estas almas sobre los designios que con respecto á ellas tiene formados, para no entrar en dudas ni en reflexiones, quando ha pasado ya el momento de la certidumbre que consigo lleva la palabra divina. No menor se necesita tambien para llegar á creer, quando los medios de que se sirve Dios para la ejecucion parecen contrarios al fin que se propone; quando de todas partes se levantan obstáculos al parecer invencibles, y las cosas toman un giro del todo opuesto al sentido que las palabras de Dios presentaban desde un principio.

Reflexionad un momento sobre lo que el ángel anuncia á María en cuanto á las grandezas de Jesus. *Será llamado Hijo del Altísimo; el Señor le dará el trono de su padre David; reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin.* ¿Qué puede haber de mas magnífico? Comparad sin embargo este discurso del ángel con todo lo que pasó aún respecto á Jesucristo: su nacimiento pobre y como á hurtadillas en Belen; su vida oscura durante treinta años en la tienda de un artesano; su vida pública, en la cual solo de limosna vivía, sin tener donde reclinar su cabeza; la envidia, el odio, las persecuciones de sus enemigos que calumniaban su doctrina y sus milagros, y se mancomunaban contra su persona; el fallo de muerte dado contra él por la sinagoga, por llamarse el Hijo de Dios; su dignidad de rey escarnecida; la preferencia que da sobre él á Barrabás la nacion entera; por fin, el suplicio infame de la cruz. ¿Dónde está el trono de David? ¿Dónde este reinado sin fin sobre la casa de Jacob? ¿Lo que sucedió á Jesucristo no parecia todo contrario de aquellas promesas magníficas? ¿Qué fe pues, no necesitó María para creer hasta el fin que ellas se cumplirian, como se cumplieron en efecto, despues de la resurreccion del Salvador, en un sentido espiritual, infinitamente mas elevado, mas digno de Dios, que el que prometian las palabras del ángel!

CAPITULO XIII.

EXPOSICION DEL CÁNTICO DE MARÍA.

A este discurso de Elisabet contesta María con un cántico que puede llamarse el éxtasis de la humildad. En él no habla sino de Dios y de sí misma de Dios, para celebrar sus alabanzas; de sí misma, para abajarse y anonadarse. *Mi alma, exclama, glorifica al Señor; y mi espíritu está trasportado de gozo en el Dios Salvador mio.* ¿Quién será capaz de expresar ni aún de concebir con qué sentimientos pronunció María estas palabras? No es para hombre mortal el exponer el arrobamiento de María en Dios, la pureza de alma con que le tributa la gloria de todo, no reservando nada absolutamente para sí misma. Dios la glorifica cual nunca glorificó á otra criatura. María recibe esta gloria para devolverla toda entera á su autor, y no hay criatura que con tanta excelencia lo glorifique. ¿Qué triunfo para Dios, digámoslo así, ver un alma colmada de sus beneficios, inundada de sus favores que no los emplea en otra cosa que en alabarle, y que olvidándose totalmente á sí misma, no piensa sino en él, se pierde y se abisma en él! El gozo que la trasporta no tiene por objeto su propia elevacion, tan sublime como es; su único objeto es el Dios autor de su salvacion, el Dios que lleva en su seno, en el cual se ha encerrado tan solo para salvar á ella y á todo el género humano. Y aún esta misma salvacion la considera ella, menos por lo que tiene de ventajoso para sí, que por lo que tiene de glorioso para Dios. Deja aparte su interes propio para no ocuparse sino en el interes de Dios. ¿Así es como nosotros referimos á Dios todos los bienes que nos dispensa, no interesándonos en nuestra misma perfeccion sino por la gloria que de ella redundará á Dios? ¿En dónde están las almas en quienes reina tal pureza de sentimientos? ¿Cuán raras son! Las demas ni aún tienen de ello